

El caballero Shandy habla español

Doscientos quince años bien contados le llevó al caballero británico Tristram Shandy aprender el idioma español y es acontecimiento que merece celebrarse.

La novela que Laurence Sterne comenzó a publicar en 1760 y concluyó (si a eso puede llamarse concluir) con la novela entrega de 1767, un año antes de que se diera a viajar por Francia e Italia, escribiera su delicioso *Viaje sentimental* y, contra su manifiesta voluntad, se muriera teniendo apenas 55 años, esa regocijante novela sobre *La vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* ha ingresado, al fin, al español (1). Lo hace cuando todos los colegas del autor (esa confabulación de caballeros aburguesados que en el siglo XVIII inglés fundaron la novela moderna: Swift, Richardson, De Foe, Fielding, Smollett, Goldsmith, Walpole, etc.) ya habían sido incorporados a la lengua del padre universal de todos ellos —Miguel de Cervantes— al que algunos saquearon con alevosía.

Inexplicable tardanza. Se comprende que, en la época, al doctor Samuel Johnson no le pareciera la novela un ejemplo de moralidad, que desagradara a Goldsmith y que fastidiara a Walpole, pero esos juicios no alcanzan a justificar un ostracismo tan largo, sobre todo dada la adhesión divertida de los lectores. La persona del autor algo ha tenido que ver con todo eso. Aún hoy el ceremonioso señor Sampson anota en *The Concise Cambridge History of English Literature* que “poco es lo que se sabe de su vida y ese poco anda bastante lejos de ser muy honroso” y casi repitiendo un juicio de Menéndez y Pelayo, comprueba apesadumbrado que “lo malo está en que la vida privada de Sterne justifica el que se echen a la peor parte las partes peores de sus escritos. De un sacerdote esperaríamos algo más sacerdotal”.

Con la Iglesia hemos dado: efectivamente estudió en el Jesus College de Cambridge, se ordenó en 1738 y fue designado vicario de Sutton. Pero sus pecados no fueron otros que los del “natural amor”, como decía Lope, para los cuales la especie humana guarda o está forzada a la indulgencia. Es evocándola que Mario Praz reconoce que Sterne entró “a la carrera que se ofrecía más decorosa para un joven con ingenio y sin recursos”. Son

equivocos del tiempo, más que de las voluntades humanas. ¿Cómo culparlo de que interrumpa bruscamente la novela para hablarnos de la “dear, dear Jenny” cuando sabemos que se trataba de la bella cantante francesa Catherine de Fourmentelle, que bien valía el viaje y la misa en París? Es cierto que el nacimiento del caballero Shandy está contado con algún detalle y también la manera en que Dios unió para eso a dos voluntades, ¿pero cómo podía perderse una digresión, si las definió como “la aurora, la vida y el alma de la lectura”, habiéndolas recibido directamente y sin intermediarios, de la doctrina asociacionista de su maestro John Locke? Esas digresiones constituyen uno de sus magistrales recursos: “¡Sáquenlas de este libro —clama— y no quedará nada de él. Devuélvenselas al escrito y cobrará la agilidad de un recién casado, exultante de nuevos alientos, aportando variedad y sin temor al desmayo”. (Como se ve, cada quien elige sus comparaciones). Pueden constituir las hilarantes imitaciones de los debates de los eruditos, capaces de desafiar el modelo instituido por Rabelais, pero también pueden adquirir un patetismo insólito en la época como ese momento del libro V en que le anuncian a Shandy la muerte de su hijo Bobby y parece que estuviéramos leyendo el antecedente que manejó Cortázar para contar la muerte de Rocamadour en *Ravuela*.

La Vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy es uno de esos rarísimos productos que por obra de su irreverencia juegan con el tiempo sin permitir que éste se atreva con ellos y los esconda en un casillero de la historia. A mediados del siglo pasado el paciente Hipólito Taine aconsejaba que para leerlo se aguardaran “los días caprichosos, de spleen y de lluvia, en los cuales, por exasperación nerviosa, se siente disgusto de la razón”. Pero ya en nuestro tiempo la sutil Virginia Woolf, puesta a esa tarea de “common reader” que cumplió limpia y agudamente, lo veía como un modelo definidor de toda la novela inglesa, un testimonio “del natural deleite que nos produce el humor y la comicidad, la belleza de la tierra, las actividades de la inteligencia y el esplendor del cuerpo”. Y Joyce tuvo que admirar ese precedente de su Ulises pues con-

sagra dos libros a la narración de un solo día, el del parto de Tristram Shandy, lo cual, como razona el propio Sterne en el libro, implica que el tiempo de la realidad superará siempre al tiempo de la escritura y ésta jamás ganará la partida.

Y sin embargo, la incorporación al español de la novela no se la debemos al redescubrimiento hecho por Joyce o Woolf, sino a los esplendores de la nueva crítica literaria. Ya Wayne C. Booth se había abalanzado sobre ella para estudiar la complejidad (inaudita) del narrador. Pero debería decirse que esta obra del XVIII, que siendo una regocijada historia indecente es también el más complejo arte de novelar visto en Europa, se estaba conservando virgen para la llegada de los estructuralistas: es comprensible la voracidad con que ellos la han cubierto. En una de sus muchas digresiones, dice Sterne: “he tomado el partido de construir la línea principal de la obra y sus accesorias con intersecciones, complicándolas con movimientos disgresivos y progresivos, como ruedas engranadas, para que todo el mecanismo funcione, y, lo que es más importante, para que continúe funcionando durante cuarenta años”. No cuarenta, sino doscientos años ha venido funcionando ese mecanismo que parece más presto, preciso e inteligente hoy día que cuando fue escrito, al punto que no sólo resulta difícil hablar de una “teoría de la novela” sin partir de Sterne sino que hasta empieza a ser difícil escribir “novela moderna” sin tener en cuenta esta maquinaria que dista mucho del caos que se le atribuyó. Hace ya medio siglo el formalista ruso Sklovski (en su excelente *Teoría de la prosa*) la definió como “la novela más típica de la literatura mundial”; sospecho que a ella llegó espigando la disfrutable correspondencia de Marx-Engels, quienes intercambiaban sus descubrimientos de lectores empedernidos como filatélicos canjeando estampillas. Vista la certeza estética de Marx, cualquier recomendación suya merecía ser atendida, de modo que no se equivocó Sklovski haciendo de esta novela una de las bisagras sobre las cuales rota la teoría narrativa.

Pero antes y después de esta epidemia crítica, la obra de Sterne fue gozada por sus lectores por su sentido del humor, muy propio de la tradición literaria ingles-

sa, pero enriquecido por el espíritu crítico que caracterizó a los burgueses del XVIII puestos a la tarea de desmontar el barracón de la escolástica, la aristocracia y la Iglesia. Del mismo tiempo es ese inigual modelo del humor negro que el obispo Swift escribió como "Modesta proposición para impedir que los hijos de los pobres sean una carga para sus familias", aunque Sterne no alcanza la acedía de Swift y más bien se reclama de la regocijada campaña de Rabelais contra eruditos, médicos, teólogos y demás pomposos asnos de su tiempo: el debate sobre las narices largas, el sistema de maldiciones practicadas por la Inquisición, la forma de bautizar al niño dentro del vientre materno con ayuda de una cánula, son apenas pequeñas muestras de una prodigalidad que el buen lector desearía inagotable. Por este camino indirecto, que también pertenece al linaje cervantino, Sterne construye una regocijada, realista (y también sentimental) visión de los hombres, que se define en sus dos grandes personajes. Porque a pesar del título no es la vida de Tristran Shandy lo que se cuenta (nace ya mediada la novela) sino la de su padre y las opiniones son las de su tío, Toby, y no se sabe qué es más divertido, si las peripecias (catástrofes, para decirlo aristotélicamente) que les sobrevienen o los diálogos que sostienen a imitación de Quijote y Sancho.

A través de ellos asistimos a la despedida del mundo antiguo y a la fundación de nuestro tiempo. No es casualidad que se asiente en un incesante diálogo al cual podrían aplicarse los conceptos de Bakhtine sobre este género literario, tal como los descubrió en Rabelais. Es el diálogo central que sostienen el padre y el tío de Shandy, pero es también el diálogo del narrador con el lector más el diálogo cruzado del autor con su crítico. La irreverencia de todos ellos, el ingenio de sus mordaces proposiciones, su instauración de nuevos preceptos literarios, hacen de esta obra, una novela contemporánea. La tardanza en traducirla quizás la haya beneficiado, al menos la ha salvado de la mojigatería española del XIX, porque nos es ofrecida como un ejercicio chispeante de la novela experimental del siglo XX.

- (1) En traducción de José Antonio López de Letona, fue publicada en Madrid por Ediciones del Centro, 503 páginas, el año pasado.

ANGEL RAMA

Julio 76